

Las aventuras de Juan Haragán

*Dolmar Montesinos Pérez
Alejandro Ortiz Rescaniere*

A la memoria de Álvaro Pérez López (1914-2000)

Era aún de madrugada y no podía conciliar el sueño debido a mi próxima partida. Me puse a conversar con mis compañeros de habitación, que ahora, de manera oficial, eran los compañeros de mi primer trabajo de campo: Álex y yo contábamos chistes, Javier se reía desesperadamente y Alejandro guardaba silencio porque se sentía enfermo por la altura de Pacaraos, en la sierra norte de Lima. Luego de tantos chistes y juego de palabras, decidí contarles unas historias de la selva. Estas habían crecido conmigo, pues desde muy pequeño me las contaba mi abuelo materno, cuentos que, sin duda, pertenecían al saber popular de los habitantes de mi tierra, la Amazonía peruana. Mientras relataba una de las historias, permanecieron atentos y en silencio, y sin saber por qué así lo hacían, continué con mi relato. Luego terminé y, silencio, nadie dijo una palabra. Resulta que el cuento les recordó uno de la costa y prehispánico, que yo nunca escuché y, seguramente, tampoco mi abuelo.

Motivado por el asombro de mis colegas, consulté a mi madre, Acela, quien me dio los pormenores del relato: ella vivió por mucho más tiempo con las historias del abuelo, su padre, en los alejados parajes de la selva peruana. Estas anécdotas y sucesos reproducían, para nosotros, una realidad incuestionable.

La de Juan Haragán era una de las tantas historias que contaba mi abuelo, Álvaro Pérez López, que a manera de parábolas, utilizaba para aleccionarnos —a mí y todos los de la familia— en nuestra vida diaria. Me lo repetía cada vez que me veía *haraganeando* o cuando le pedía insistentemente que me lo contara. Nunca entendí su mensaje oculto hasta que fui mayor. La verdad es que para obtener éxito en cualquier ámbito es necesario esfuerzo, dedicación y, sobre todo, inteligencia. No importa en qué te desempeñes, lo importante es hacerlo bien, nunca a medias tintas. Tal es la lección que mi abuelo me dio a través del relato de Juan Haragán.

Juan Haragán y los urubúes

En un lugar alejado, en el monte, vivía una mujer viuda que tenía un hijo al que todos los que vivían cerca llamaban Juan Haragán. Su madre lo consentía mucho y siempre le hacía descansar sobre su regazo. Resulta que Juan Haragán no trabajaba, solo vivía durmiendo y comiendo —y a veces hasta le daba pereza comer—. No se bañaba y era tan flojo que hasta se cagaba en sus pantalones. Su madre llegó a hartarse de tanta holgazanería y pestilencia y lo echó de casa. Juan Haragán se puso a deambular por la selva. Luego de cansarse de tanto caminar, se tumbó sobre la hojarasca, a la sombra de un árbol. Mientras dormía, dos urubúes, es decir, dos gallinazos, se acercaron atraídos por la pestilencia que emanaba de sus pantalones, pues estaban llenos de su propia caca. Creyeron que era carne de algún animal muerto. Los urubúes se acercaron y comenzaron a comer parte del excremento. Lo empezaron a picotear, pero al haragán le daba flojera moverse. Solo cuando picotearon uno de sus ojos tuvo una leve reacción, sin embargo, siguió echado. En ese momento, los urubúes sospecharon que no estaba muerto. Volaron a una rama del árbol y decidieron esperar un rato. Entonces se pusieron a charlar. Uno le dijo al otro: “Oye, creo que este no está bien muerto todavía. Pero apesta tanto que huele a *dijunto*.¹ Oye, te cuento de una noticia. Hay un hacendado muy rico, que tiene muchas tierras y ganados, que se está muriendo de una enfermedad. Esta enfermedad lo está consumiendo poco a poco. Ya se va a morir ya. Cada mañana se levanta más *ponguete*² y más flaco que la mañana anterior. Los médicos no saben cuál es esa enfermedad. Él ha convocado a muchos sabios, curanderos, brujos, hechiceros y astrólogos y ninguno da con su mal. El hacendado ha ofrecido todas sus riquezas a cambio de su curación”. El otro urubú le contestó: “¿Pero tú no sabes acaso que es muy simple curarle de esa enfermedad? Lo que pasa es que debajo de su colchón viven unos sapos que cada noche le chupan la sangre y lo están matando poco a poco, los malditos. Mientras esos sapos no salgan de su cama y los maten a garrotazos, no se va a curar y va a terminar cadáver”.

Los urubúes, cansados de esperar, levantaron vuelo sin darse cuenta de que el haragán había escuchado, calladito, toda su conversación y en ese momento Juan Haragán, ¡trin!,³ se puso de pie y salió corriendo en busca del hacendado. Mientras se dirigía hacia las tierras del hacendado, su madre venía por el mismo camino en dirección opuesta. Preguntaba a cada caminante por su hijo: “¿Has visto a mi haragán?”, “¿Tal vez has visto a mi haragancito por ahí?”, “¿Le has visto [...]?”. En ese momento la madre vio a su ocioso hijo y corrió a su encuentro; pero esta vez fue tal la pestilencia de su hijo que lo mandó a bañarse: “¡Oye, so pedazo de hediondo! ¡Vaya a bañarse antes de que le dé su paliza!”. Juan Haragán se fue al río, se bañó por la primera vez —el agua salió negra y sucia—, se afeitó y cambió de ropa, se puso una túnica de tocuyo blanco hecha de unos costales de harina, que su madre le había cosido. Agarró uno más de estos costales, tomó el garrote que ella tenía y se presentó ante el ha-

1 *Difunto* en el decir amazónico peruano.

2 *Pálido* en el castellano peruano amazónico.

3 *¡Trin!*: Exclamación que expresa un movimiento rápido y repentino (en el castellano peruano amazónico).

ceñado. Dijo ser un gran médico y que él iba a sanarlo. El hacendado ordenó que se le diera todas las atenciones y la autoridad para hacer y deshacer en sus tierras, pero si no lo curaba, lo iba a mandar a matar. Entonces, Juan Haragán medio de miedo de miedo, creyó que los urubúes lo habían engañado, pero decidió seguir con su plan. Fue al cuarto del hacendado y comenzó a revisar al enfermo, pedacito por pedacito, ídem⁴ un médico erudito. “¡Ya! Que lo cambien de habitación —ordenó el haragán—. Este lugar está cargado de la enfermedad. Dejen su vieja tarima en el cuarto y pónganlo en otra habitación”. Así lo hicieron. Preparó unas bebidas curativas, *misqui, misqui*⁵, que estaban hechas con agua, azúcar y sal. Se las daba tres veces al día como gran pócima curativa.

La primera noche Juan Haragán entró calladito a la habitación que había sido del enfermo. Levantó el colchón y efectivamente ahí estaban los sapos. Comenzó a matarlos uno por uno, a garrotazos. Una vez muertos, puso los restos de los animales en el costal que había traído. Salió a la huerta de atrás de la casa y los enterró en un hueco profundo. Para esto, él había mandado que todos los criados de la casa salieran de la hacienda. Solo él y el enfermo debían quedarse. Pero el mayordomo del hacendado no había salido de la casa y se percató de que Juan Haragán estaba enterrando un bulto en la huerta. Luego de que el haragán se retiró, el mayordomo desenterró el bulto y se dio cuenta de que eran los sapos. Corrió a dar la noticia a su patrón. Este, aunque se sintió engañado, estaba agradecido. Entonces decidió dar al médico haragán una recompensa justa y no toda la riqueza prometida.

Al enterarse del cambio de promesa, Juan Haragán se disgustó mucho. Decidió vengarse y hacerse de toda la riqueza prometida.

Una noche cargó sobre unos caballos toda la riqueza de la hacienda y se escapó, luego de incendiar la casa y los extensos sembríos del hacendado.

Con esto, Juan Haragán se volvió millonario y pudo vivir feliz y continuó siendo un haragán.

Moraleja: no es tan malo ser un haragán, pero si vas a ser un haragán, debes ser un buen haragán.

Más que la fiebre, eran los chistes lo que me atormentaba. A las tres de la mañana se sucedían, implacables. Hasta que uno de los estudiantes, Dolmar, tuvo el buen tino de cambiar de rubro literario y se puso a contar unos *sucedidos* de su abuelo, historias realmente acaecidas, “porque ese hombre siempre dijo la verdad”. Me asombró que una de esas *historias de la vida real* se pareciera al antiguo mito de Huatyacuri. En efecto, el argumento de Juan Haragán es equiparable, aunque de manera simple y esquemática, al de Huatyacuri:

Huatyacuri: Un joven pobre, soltero, come comida de pobre. Camina solo, lejos de su padre. Mientras duerme, o finge dormir, escucha a dos zorros que están cerca de él comentar que un hombre inmensamente rico, casi un dios,

4 Tal cual.

5 *Misqui-misqui*, del quechua, en el castellano peruano amazónico: muy dulce.

está enfermo de un mal que nadie ha sabido curar. El mal está (entre otras causas y motivos) en la presencia de un sapo de dos cabezas que se esconde bajo el batán de la casa. Así enterado Huatyacuri, llega al pueblo del rico y lo cura. Como recompensa, obtiene a la hija del rico, pero antes, tiene que vencer la resistencia y las pruebas a que lo someten sus cuñados. Huatyacuri termina así casado, es decir, rico, porque el matrimonio entraña riqueza.

Juan Haragán: Un joven sucio (lo que implica soltería: no tiene mujer que lo cuide, además vive con su madre) es tan haragán que suele defecar en sus pantalones. Su madre lo echa de casa; camina solo. Mientras duerme, o finge dormir, escucha a dos gallinazos que están cerca de él comentar que un hombre muy rico está enfermo de un mal que nadie ha sabido curar. El mal está en la presencia de muchos sapos que se esconden bajo la tarima del enfermo. Enterado de esto, Juan Haragán llega a la hacienda del rico y lo cura. Como recompensa obtiene la riqueza del hacendado, pero antes tiene que vencer la resistencia de este y de su mayordomo. Juan, entonces, fue rico, adulto y, al parecer, limpio, pues su madre lo mandó a bañar antes de que él realizara la cura.

El “Juan Haragán” contado por el abuelo recuerda el viejo mito de Huaro-chirí (Lima). Al mismo tiempo, forma parte de una saga, la de Juan Haragán, conocida en la selva peruana, en Honduras, también registrada en España y, con unas peculiares variantes, en la sierra peruana. Daré las versiones que hemos podido reunir:

Juan Haragán

Es que Juan Haragán era un hombre que no hacía nada. Era bien haragán y pasaba limitada la comida y todo porque no hacía más que vivir acostado en una hamaca.

Habían dos léperos que andaban buscando una botija. Entonces pasaron los léperos y fueron a sacar la botija pero los dos llevaban aquella envidia que uno iba a agarrar más que el otro y entonces resultó que cuando dijeron a destapar el cántaro, ya no era pisto lo que tenía sino que se les hizo un avispero. Entonces la taparon de vuelta y dijeron, “Vamos a tirárselo a Juan Haragán para que se levante de la hamaca. Tal vez así se levanta.” Porque aquel hombre no se levantaba para nada, solo vivía que si lo llevaban a bañar, iba a bañar y si no, no bañaba nada. Entonces cuando pasaron los léperos por donde Juan Haragán le tiraron el cántaro para adentro de la casa. Solo que cuando aquel jarrón se quebró ya no eran avisvas lo que tenía sino que era un poco de dinero. Pero ni así se levantó Juan Haragán. Solo quedó viendo y le dijo a la mujer: “Mirá, mujer, levántate eso que parece que es pisto.”

Y no se levantó, le ganó la pereza a Juan Haragán. No hacía nada, nada, nada. “Ya ves —decía él—, cuando Dios me debe de dar, por la puerta me debe de entrar.” Y así fue, por la puerta le entró el dinero. (Tomado de Ramos, Karen y Melissa Valenzuela. “Por

cuentas aquí en Choluteca” \l “top”<http://www.sdnhon.org.hn/miembros/cultural/tradoral.htm> - top).

Este relato choluteca (Honduras) es similar a otro que escuchara Dolmar a su abuelo, en la selva amazónica del Perú:

Juan Haragán: Por la puerta ha de entrar

Esta vez Juan Haragán, permanecía todos los días echado en su hamaca sin hacer nada. No trabajaba, no se aseaba, ni siquiera cuando tenía hambre se levantaba a comer. Solamente vivía haraganeando. Cuando los vecinos de su caserío pasaban por su vieja casa, rumbo a su trabajo —en sus respectivas chacras— gritaban: “¡Oye Juan, vamos a la chacra a sacar yucaaaa, vamos haraganazo, levántate ya de tu hamacaaaa [...]!” Y Juan Haragán ni siquiera les contestaba. Cuando su madre se acercaba para pedirle por favor, que fuera a trabajar le decía: “¡Hijito, ¿por qué no vas a trabajar? Mira que te están llamando para que vayas. ¿Qué tanto haces echado en esa hamaca que nada nos va a dar? ¡Anda a trabajar!”, y Juan Haragán le contestaba con voz baja y cansada: “No te preocupes, cuando me ha de llegar, por la puerta ha de entrar”.

Uno de esos días, los mitayos,⁶ que habían pasado frente a su casa y ya estaban en sus chacras, encontraron un bulto bastante sospechoso que se hallaba enterrado al pie de un árbol: “¡Mira esa bola de barro que está al pie de ese *huito*! Parece una olla [...] ¿Qué será? [...] ¡Abrámosla!” Al tratar de abrir la olla, salió un brillo tenue y amarillo que vibraba. De inmediato los mitayos pensaron que se trataba de un *caserón* de avispas y se apresuraron a envolverlo con un costal que siempre llevaban consigo para cargar sus bultos. Decidieron entonces llevar este bulto a Juan Haragán y tirárselo bajo la hamaca, para ver si por fin así se levantaba. Cuando llegaron a la casa de Juan Haragán, se acercaron a su puerta en silencio, arrojaron la olla de barro y huyeron riéndose, satisfechos de su *buena acción*. No salieron las avispas. Juan Haragán siguió echado en su hamaca. Las avispas no lo atacaron porque no eran tales. Era oro que relució con el sol del medio día, por eso los mitayos lo confundieron con avispas. Juan Haragán abrió los ojos y, lentamente y con mucho esfuerzo, se inclinó para ver debajo de su hamaca, movido por la curiosidad que le provocó el ruido que hizo la olla al rodar. Allí había estaba una olla llena de oro. Entonces, Juan Haragán exclamó: “¡Ya ves, mamá, ¿no te he dicho? Lo que me ha de llegar, por la puerta ha de entrar!”. (Contado a Dolmar Montesinos por Álvaro Pérez López).

Los tres relatos tienen un tono jocoso, también una intensión moralizadora. El ingenio compensa la pereza; también, la suerte; ha de honrarse lo prometido; la broma destinada a humillar, redundante en beneficio de aquel que se quiere burlar y lo que brilla, a veces, es oro. La variante serrana que conoce-

6 *Mitayo*: en el castellano local, agricultor y cazador, independiente o jornalero. *Mitayar*: verbo que se refiere a esas actividades.

mos agrega otros valores éticos, además de tener una dimensión mítica, a la vez que parece ser menos graciosa:

El ocioso⁷

Era un hombre ocioso. De joven, cuando veía que salía humo de una de las casas de la gente, se acercaba para que le diesen de comer. Así, iba de casa en casa. De chico le daban, pero cuando fue adulto la gente se cansó de él. Entonces el ocioso tuvo que marcharse a vivir solo en el campo.

Estando solo, inventó una olla para cocinar papas. Así, cocinaba y robaba en los caminos. Se sentaba en el camino con esa su olla bien bonita, fina. Esa olla él la inventó en un camino. Cuando se saca del fuego, sigue hirviendo (por eso dice que es olla para la mujer ociosa). Hizo gran negocio con la olla. Sentado, tocaba la guitarra y cantaba las virtudes de su olla que no necesitaba fuego. Los arrieros le compraban esa maravilla. Le daban lo que tenían. Se creían muy listos y se escapaban llevando su olla. *Bidrish*, así se llama esa olla del ocioso. Hasta ahora existe.

Cuando ese negocio decayó, se dedicó a otro porque no le gustaba trabajar como la gente, en la chacra y con el ganado. Él tenía que ganarse la vida sentado, sin hacer esfuerzo. Se fue a vivir a la puna. Sentado, esperaba que el zorro trajese presas para su camada: carne de cuyes silvestres, vizcachas, patos [...]. El zorro dejaba la pieza a la entrada de la madriguera y retornaba a cazar más. En eso, pasó un arriero y vio que el ocioso estaba sentado frente a una serie de buenas y variadas presas. El ocioso dijo al arriero: “Es mi perro que me trae todo esto. Es un gran cazador. Me estoy volviendo rico porque tenía varios perros como este y los he ido vendiendo. Este es el último que me queda”. “Te lo compro”. Y le entregó bastante plata. El ocioso le dijo: “Tienes que esperar al perro. Yo me marcho antes y muy lejos, pues sino, me va a querer seguir. Cuando lo veas lo llamas por su nombre: tú te irás y nunca volverás, que así se llama. El arriero se quedó solo, esperando el regreso de su nuevo perro. Cuando notó detrás de unas plantas a algo que podía ser un perro —pero era el zorro que retornaba con una nueva presa—. El arriero lo llamó: “Tú te irás y nunca volverás”. Eso es lo que hizo el zorro, se escapó y nunca más volvió. El arriero lo llamaba y el zorro obedecía, es decir, escapaba. No lo pudo alcanzar.

El ocioso se quedó sin el negocio de las ollas y del zorro. Entonces se echó en un descampado y se convirtió en piedra *isko*, en todas las formas de esa piedra. Es una piedra caliza, suave, se trabaja con mucha facilidad. Con el *isko* se confeccionan bateas, ceniceros, saleros. Los padres no quieren que sus hijos jueguen con esa piedra porque, dicen, luego, cuando sean grandes, no les gustará trabajar con esfuerzo, serán ociosos. (Recogido el 4 de noviembre de 1986 por Marie-France Souffez. Informante: Clara Pérez, cuento de Achapampa, Sihuas, Áncash.)

Maxime Chevalier consigna un relato de Juan de Mal Lara (1568) que recuerda el “Juan Haragán” americano:

7 La señora Alejandra Pérez, que escuchó mencionar esta historia, dijo que el verdadero nombre del cuento es “Juan Haragán”.

La aventura del holgazán

Más puede Dios ayudar, que velar mi madrugar.

Dicen de una panadera que madrugaba a amasar y velaba cerniendo la harina, y esto con mucha diligencia, porque su marido dormía mucho y desde la cama la reprendía de loca, que trabajaba demasiado. Y estando así una madrugada, riñendo su mujer con él porque se levantase, pasó un hombre huyendo de tejado en tejado y por una ventana pequeña que caía sobre la cama arrojó un talego de ducados que traía. Al ruido se levantó el que estaba en la cama y, visto el talego, llamó a su mujer, mostrándoselo cómo el ladrón, yendo huyendo, porque no le hallasen el hurto lo había dejado. Y ella espantada, el marido le dijo:

—Calla, que más puede Dios ayudar, que velar y trasnochar y madrugar, y todo lo que vos andáis de aquí para allí.

Algunos de mi tierra dicen que este vivía hacia la Puerta del Sol, y que lo llamaban el dormilón. (Chevalier, Maxime. *Cuentos folklóricos españoles del siglo de oro*. Barcelona: Crítica, 1983. El texto fue tomado por Chevalier de: Mal Lara, Juan de. *Filosofía vulgar*. Barcelona: Selecciones bibliófilas, [1568] 1958-1959. El texto y las referencias bibliográficas nos fueron gentilmente dados por nuestro colega Manuel Gutiérrez Estévez)

Este cuento da un mensaje que está implícito en los relatos del Juan Haragán americano: Sin la Providencia es inútil esforzarse. La narración andina “El ocioso” sugiere una lección diferente: con ingenio, aun el flojo logra sustento. Una de las lecciones que encierra el mito de Huarochirí (recogido hacia 1600 en la sierra peruana) es que el joven soltero, pobre y hambriento logra lo que necesita gracias también al ingenio, y además por la ayuda de su dios que nace y por la revelación providencial de dos animales.

Los cuentos sobre el holgazán amazónico, hondureño e hispano responden a un mismo tipo de argumento e igual moraleja. Sin embargo, entre este conjunto y los mitos andinos citados se puede notar una cierta similitud en la forma y en el propósito ético. El Juan Haragán que nos quitara el sueño, parece combinar ambas vertientes, el cuento hispano y el mito andino.

